

no, del torreón, del astrólogo, de adargas, lanzas y montantes... Como si el alma de una sociedad consistiera en esas exterioridades, la mayor parte de las veces anacrónicas, de que tanto abusaron los García Gutiérrez, Rubios y Eguilaz y otros muchos autores del pasado siglo.

Benavente no habla de memoria; conoce con todo género de pormenores las costumbres, usos, fueros y pragmáticas de la gente que él saca al teatro; la hace hablar como ella habla, sentir y pensar como ella piensa y siente, y le atribuye gustos é inclinaciones que nada tienen de falso ni de postizo. El marqués, por ejemplo, de *Lo cursi*, que se pasa las noches en el Casino, que se hace servir judías de casa de la Concha y va de mañana á sacar á su criado, hombre con sus pun'as y ribetes de chulapo, de la prevención, ¿no es un retrato exacto de algunos de nuestros próceres más linajudos? No son menos verdaderos, aunque alguno tire á la caricatura, los tipos de *Agustín*, de sus primos, de *Flora* y de *Gasparito*.

Como ellos hay peste en el mundo elegante.

El pensamiento capital de la comedia puede expresarse diciendo que es «el afán de unos por imitar á otros y el afán de éstos por distinguirse de todos». La observación de Benavente es exacta. Por una aberración, que también trasciende á la literatura, los que se tienen por espíritus escogidos ponen su mayor empeño en no parecerse al resto de los mortales, y como en lo esencial todos los hombres están hechos del mismo barro, acontece que el que no quiere parecerse á los demás humanos resulta un ente extravagante ó grotesco... y en ocasiones hasta malvado... Esa distinción fingida y *anti-humana* desaparece en cuanto cualquiera de esos seres superiores se siente herido en lo vivo. La

más relamida y aristocrática damisela y el *gentleman* más correcto se olvidan de toda corrección («y hasta incurrien en ordinariéz») cuando su corazón se apasiona. Ellos también, como cualquier hijo de vecino, llevan dentro de sí agazapada la *bete humaine*, lo cual á cualquier triqui-traque enseña la oreja.

Estas ideas campean en la última comedia de Benavente.

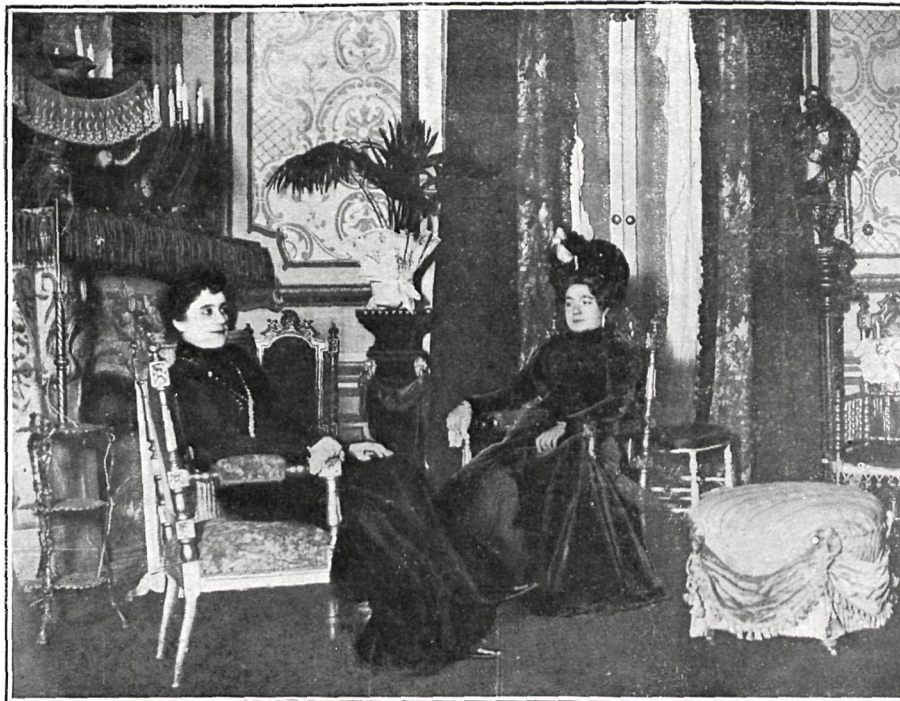
Agustín y *Rosario* constituyen el núcleo de la obra. El, un verdadero *sportman*, sincero imitador de lo inglés, esclavo de la distinción; ella, procedente de la clase media acomodada, sincera y buena, pero que se considera inferior porque no siente el *britanismo* de que tanto alardea su distinguido esposo. Las relaciones conyugales son frías, tan frías, que *Flora*, señora de rancio y castizo abolengo castellano, que jamás permitió en vida de su marido separación de alcobas, teme mucho que en el bueno de Agustín se extinga su noble raza. En concepto del *sportman*, la ternura conyugal es una cursilería.

Pero *Agustín* es hombre, y como hombre ya se sabe, *nihil humanum alienum...* y aunque él *flirtea* grandemente con su prima, una señorita también muy distinguida y ultrainglesa, cuando llega á sospechar que su *Rosario*, su mitad, se la pega con cierto caballerete aristocrático, el hombre se olvida de su distinción y brama y se enfurece y casi «comprende que se puede pegar á una mujer». Por fortuna, *Rosario* es honrada y quiere mucho á su marido, y con una inocente intriga de celos logra que *Agustín* reconozca que la bondad nunca es cursi y que rectifique por completo su conducta y su vida.

Claro es que en el mundo vicios tan arraigados como el que fustiga Benavente con duras disciplinas en los dos primeros actos de su comedia, no se curan con la candorosa estratagemata de *Rosario*. Pero el autor de *Lo*



Asunción, SRTA. BREMÓN



ACTO I.—ESCENA VI.—Doña Flora, SRA. RODRIGUEZ, Y Rosario, SRA. PINO

cursi no ha querido que su obra dejara en el ánimo de los espectadores una impresión deprimente, y ha procedido con el público aristocrático á la manera que ciertos padres con sus hijos, los cuales padres después de dar al vástago travieso una azotaina soberana, le regalan un currucho de dulces.

Y que la azotaina es de mano tan maestra como dura pruébanlo los sangrientos epigramas, los sarcasmos, las alusiones de que está sembrado el diálogo.

Como muestra de él publicamos dos escenas del acto tercero, escenas que de seguro leerán con gusto nuestros lectores. Lo bueno por sí propio se alaba y más que nuestros elogios dirá en favor de *Lo cursi* el picante é ingenioso estilo de Benavente.

ZEDA.

ESCENA PRIMERA

EL MARQUÉS, FÉLIX, con un libro en la mano.

Mar.—Agustín no debe tardar, me ha citado aquí; de Rosario no sé...

Félix.—Ahora vengo de casa de sus primas de ofrecerles también un ejemplar.

Mar.—De modo que esta es su última producción. Una novelita, ¿verdad?

Félix.—Poema historia! es un género nuevo: ni poema, ni novela, ni historia. Lo explico en el peristilo.



Doña Flora, SRA. RODRIGUEZ

Mar.—Todo modernismo, ¿eh?

Félix.—¡Oh! Algo más: actualismo. Despreciar todo lo que no existe en el momento actual. Eternizar lo efímero,

fijar lo fugitivo, engrandecer lo diminuto. Eso debe ser el arte: el arte nuestro. El actualismo: no hay otro arte posible.

Mar.—Inventan ustedes con el demonio.

Félix.—Usted se reirá...

Mar.—Todo lo que pueda.

Félix.—Son muchos los que se ríen.

Mar.—Y usted el primero.

Félix.—¿Yo?

Mar.—¡Bah! Usted tiene bastante sentido común para estar en el secreto: pero, claro, es tan difícil llamar la atención escribiendo como todo el mundo... No pueden ustedes ser originales y son extravagantes. Pero es peligroso jugar con esas cosas, sobre todo aquí, donde se piensa poco y se medita menos, el arte no debe malgastar sus fuerzas en juegos malabares y en piruetas, tiene algo más serio que hacer. Esto que usted escribe, créame usted, es música *di camera*; y ahora necesitamos buenos trompetazos: los de Jericó todavía es poco; los del juicio final.

Félix.—Insigne marqués: mi deseo mayor es cantar hazañas. Siéntase usted Aquiles y yo me sentiré Homero.

Mar.—¿Y está usted seguro de que Aquiles no fué invención de Homero? Invénteme usted; alguna hazaña mía pudiera contarle. Todavía cuando cambia el tiempo me duele un balazo recibido allá en mis mocedades por defender, no quiero acordarme, si la libertad ó la monarquía.

Félix.—Lo mismo dá para el resultado.

Mar.—Tiene usted razón. Entonces los nobles, los verdaderos nobles, éramos liberales; hoy, los improvisados, los que todo se lo deben á la libertad, reniegan de ella.

Félix.—La pusieron ustedes tan cursi...

Mar.—No, caímos en el lazo que nos tendieron los reaccionarios, diciendo que era cursi. ¿Por qué? Porque la llevaba mucha gente. Lo que yo digo: el miedo á lo cursi. La aristocracia francesa, por oposición á la República democrática, exageró la nota reaccionaria; nuestras clases directoras copiaron el figurín porque venía de París, y nos dimos á la devoción, *sacre cœur*. Una reacción sin grandeza, que ni siquiera recoge la tradición española. ¿No ha observado usted en muchas capitales de provincias, donde existe una magnífica catedral, que casi siempre está desierta, mientras lo más distinguido de la población acude á una de esas capillitas á la moderna de almidón y purpurina? Pues así hemos hecho nosotros. Hemos abandonado el empleo grandioso donde se concibe á un Dios infinito, á un Dios de todos, por la capillita de la imagen de moda, de congregación, de partido, donde se entra con papeleta.

Félix.—Los espíritus escogidos siempre buscamos un



Don Gasparito, SR. RUBIO

refugio: la torre de marfil que nos aisle de la multitud.

Mar.—¡Bah! Ya son ustedes muchos los del otro lado; ya empieza á ponerse cursi también. Pronto empezará el desfile de los distinguidos á la otra acera como en los paseos de moda. Y la humanidad se pasará así la vida. Los espíritus escogidos, como usted dice, huyendo de la multitud; la multitud siguiéndoles por donde vayan. Unos, cursis por el afán de imitar á otros; otros, más cursis por el afán de distinguirse de todos.

Félx.—Todos cursis entonces... y yo y mi libro..

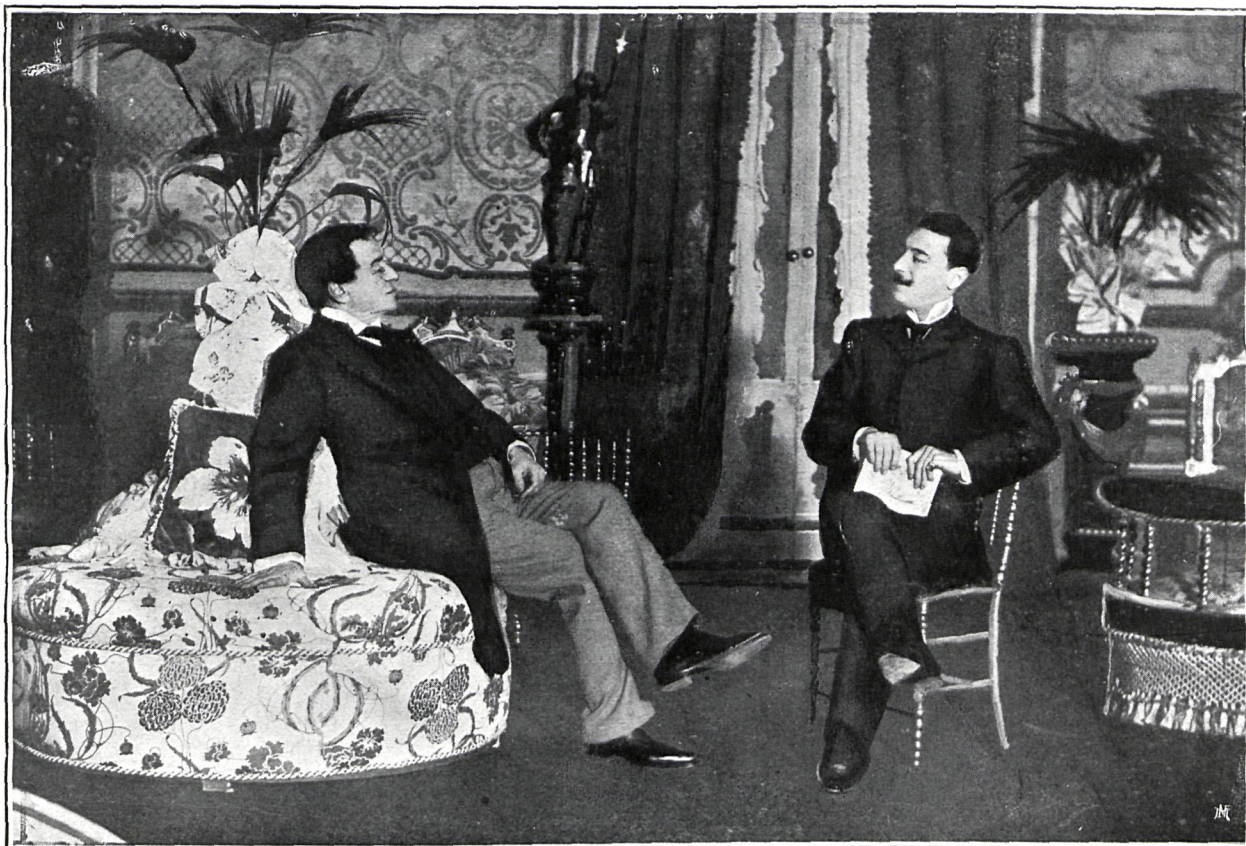
Mar.—Cursi, si ha querido usted imitar á algún escritor de moda; más cursi si ha querido no parecerse á ninguno.

Mar.—¿No te decía yo que quería á otro? Ya lo ves, ya eres otro; á este quería ella.

Ros.—A tí siempre, seas como seas. Porque nos unieron conveniencias sociales, pensaste que yo no podía quererte más de lo que tú acaso me querías. No, yo no sacrifique ningún ideal al unirme contigo; me uní á tí lealmente, sin otro ideal que conseguir tu cariño para siempre, porque eres el único hombre á quien he querido, porque soy tu esposa y porque soy honrada.

Agus.—Porque eres muy buena.

Mar.—Distinción del alma que bien vale todas las distinciones de la moda.



Fols. Campuá

ACTO III.—*Sr. Marqués de Torres Altas, SR. VALLÉS, Y Agustín, SR. GARCÍA ORTEGA*

ESCENA ULTIMA

FLORA, ROSARIO, EL MARQUÉS Y AGUSTÍN

Flora.—Marqués, Marqués...

Ros.—¡Tía de mi alma!

Mar.—¿No es lo mejor? ¿Para qué habéis de vivir contrariados? Además, tú quieres á otra.

Agus.—No es verdad.

Mar.—Rosario lo cree... Además, Rosario quiere á otro.

Ros.—¿Qué dices?

Agus.—¡Rosario!

Flora.—Pero usted se ha vuelto loco, Marqués.

Mar.—Yo sé lo que me digo: quiere á otro...

Ros.—¡Ah!

Agus.—¿Rosario? No; es mentira, dí que es mentira; entonces tus celos, todo lo que yo creí cariño, todo mentira; te has burlado de mí, no como niña mimosa, como una mujer fa sa que finge celos porque es más fácil que fingir cariño...

Ros.—¡Agustín!

Agus.—Y yo que me sentía orgulloso, y por eso quizá me burlaba al verte celosa; yo, que después de creer que sólo tratabas de despertar mis celos, llegué á sentirlos á pesar mío, y antes, créelo, cuando ví ese retrato, cuando pensé si quiera que tú... comprendí que se pudiera pegar á una mujer.

Ros.—¡Oh!... ¡Agustín! ¡Agustín de mi alma!

Agus.—Rosario, ¡no es verdad, no es verdad!

Flora.—Convécete. Lo bueno nunca es cursi.

Agus.—Alguna vez. ¿Me permites la última broma?

Flora.—¿Por qué no?

Agus.—Por ejemplo, esos pendientes que llevas son muy buenos, muy buenos, pero .

Flora.—¿Son cursis? Desde el día de su boda no se los quitó nunca mi madre. ¿Puedo llevarlo?

Ros.—¡Oh! Ya lo creo.

Flora.—Y hoy, que es el verdadero día de vuestra boda, se los ofrezco á Rosario. ¿Le permitirás que los luzca?

Agus.—Sí; querida tía, dices bien: la bondad nunca es cursi.

Mar.—¿Qué almuerzo de divorciadas se ha perdido usted!

Flora.—Pero aún temo...

Mar.—¿Teme usted?

Flora.—Sí; Agustín habrá visto estos días á alguna persona distinguida muy amartelada con su mujer y será este último figurín.

Ros.—Sí, será el último. ¿No es verdad?

Agus.—El último. Mañana almorzamos en tu casa; pero los cuatro solos.

Flora.—¿Lo ves? Todavía tiene miedo á lo cursi.

Agus.—No; asistiré á tu primera reunión. Quemo mis naves...

Mar.—Y ahora que la moral se ha salvado, como en las comedias cursis...

Flora.—Solo nos falta pedir el aplauso. (Telón.)



ACTO IV, ESCENA VII.—*Ronda*, SR. ALTARRIBA; *Máximo*, SR. FUENTES; *Yuste*, SR. SALA; *doña Evarista*, SRA. LLORENTE
Electra, SRTA. MORENO, Y *Patros*, SRTA. ARÉVALO

ELECTRA

DRAMA EN TRES ACTOS, EN PROSA, ORIGINAL DE D. BENITO PÉREZ GALDÓS
ESTRENADO EN EL TEATRO ESPAÑOL EL 30 DE ENERO

EL éxito entusiasta y espontáneo que obtuvo *Electra* la noche de su estreno se ha repetido con creces en las treinta representaciones del drama galdosiano verificadas en el Español.

Todo Madrid, todas las clases sociales, sin distinción de ideas ni colores, han visitado el elegante coliseo solicitando en la contaduría, con dos y tres días de antelación, las localidades anheladas. Milés de personas han acudido á diario á solazarse, y *Electra*, personificada gallardamente por Matilde Moreno; *Máximo*, bien comprendido por Echaide, y *Pantoja* matizado por Vallarino—respetando la memoria de Ricardo Valero que dió vida al lúgubre personaje,—han subyugado con su lenguaje persuasivo, de fondo sociológico y humano, á los espectadores que se duelen de las aflicciones de la niña y aplauden las energías varoniles del enamorado ingeniero. Los primeros actos, que fueron al ser conocidos superficialmente tildados de lentos y poco interesantes, se escuchan ahora con delectación y se ríen sus gracias y donaires y se admira la exposición lógica y serena que

en ellas hace el Sr. Galdós. Nada huelga; nada falta; caracteres definidos, diálogos animados, situaciones que llegan al alma, gritos de pasión que hieren las fibras del sentimiento.

Tal cúmulo de bellezas y de aciertos dramáticos explican que el Sr. Pérez Galdós haya sido aclamado por sus admiradores—desconocidos de él la mayoría—y respetado por los que pudieran creerse censurados en *Electra*.

El día 21 del corriente se puso á la venta el libro del aplaudido drama y la curiosidad pública ha caído sobre las librerías agotando su copiosa edición esmeradamente impresa.

El éxito, pues, de la fecunda producción ha sido confirmado con el transcurso del tiempo, como siempre ha sucedido con todas las novelas del insigne escritor.



La misión de EL TEATRO no es otra que la de servir á sus lectores—numerosos y benévolos—completas é imparciales informaciones de las obras escénicas que logran sanción respetable del público y de la crítica.



SR. PÉREZ GALDÓS (Fot. Cifuentes)

Nada de juicios severos; nada de dogmatismos artísticos; nada de apasionamientos y rencillas. El argumento de las obras compendiado, reseña de la impresión de los censores, nota relativa al desempeño que los actores le

Electra, niña abandonada, encuentra protección en el seno de la familia del industrial *D. Urbano de Juste*, cuya esposa, *doña Evarista*, educa con cariño á la «huerfanita».



ACTO II, ESCENA XI.—*Electra*, SRTA. MATILDE MORENO

Fot. Franzen

conceden. Pero ¿necesitaremos hoy cumplir este deber profesional respecto á la obra de Pérez Galdós, tan famosa ya, tan comentada en la prensa y tan extendida con los miles de ejemplares desparramados por toda la Península? Hagamos solo un breve resumen.

El padre de ésta, *D. Salvador Pantoja*—antiguo pecador,—ocultando su posición y sus derechos, ambiciona que *Electra* salga del mundo vulgar para encerrarse en un convento y ganar el cielo en la mansión religiosa. Se opone á este proyecto *Máximo*, joven de talento é inde-

pendiente, que ama á *Electra* siendo correspondido por la doncella.

Este es el nudo del drama y la base de sus conmovedoras escenas. El viejo *Pantoja* se opone á los amores ardientes de los mancebos y apela á un recurso cruel para separarlos calumniando á la madre de *Electra*. Al final del drama el ardid del secretario se descubre y la joven cae en brazos de su prometido que la saca del convento á fin de unirse á ella para siempre.

En el desempeño de *Electra* han obtenido aplausos las señoritas Moreno. Arévalo y Badillo y la señora Llorente, compartiéndolos con los señores Echaide—que reemplaza al Sr. Fuentes hoy enfermo,—Vallarino, Sala Julién y Altarriba. El decorado de Amalio Fernández es digno de tan reputado artista.

Para que nuestros lectores tengan idea de las galanuras de la forma, copiamos a continuación una escena del acto II.

ACTO II, ESCENA IV

MARQUÉS DE RONDA,
DOÑA EVARISTA Y
ELECTRA (que aparece
con una muñeca gigante
á la que zarandea).

Electra.—(Dentro.)
Já, já... Rica, otro beso...
Tonta tú, tonta yo; pero ya nos entendemos.

Evarista.—Niña, ¿qué haces?

Marqués.—No la riña usted.

Electra.—*Mademoiselle* Lulú y yo pasamos el rato contándonos cositas.

D. Urbano.—(Al *Marqués.*) Hoy está desatinada.

Electra.—(Alejándose, habla con la muñeca sigilosamente. Los demás la observan.) Lulú, ¡qué linda eres! Pero él es más bonito. ¡Qué feliz será mi amor contigo, y yo con los dos!

Marqués.—¿Sigue tan juguetona, tan?...

Evarista.—Desde ayer notamos en ella una tristeza que nos pone en cuidado.

Marqués.—Tristeza, idealidad...

Evarista.—Y ahora, ya ve usted...

Marqués.—(Cariñoso, acudiendo á ella.) *Electra*, niña preciosa...

Electra.—(Aproximando la cara de la muñeca á la del *Marqués.*) Vaya, *Mademoiselle*, no seas huraña: da un besito á este caballero. (Antes que el *Marqués* bese á la muñeca, *Electra* le da un ligero coscorrón con la cabeza de la misma.)

Marqués.—¡Ah, picara! Me pega. (Acariciando la barbilla de *Electra.*) Lulú no se enfadará si digo que su amiguita me gusta más.

Evarista.—Una y otra tienen el mismo seso.

D. Urbano.—¿Y qué hablas con tu muñeca?

Electra.—A ratos le cuento mis penas.

Evarista.—¡Penas tú!

Electra.—Sí, penas yo. Y cuando nos ve usted tan calladitas, es que pensamos en cosas pasadas...

Marqués.—Le interesa lo pasado. Señal de reflexión.

Evarista.—¿Pero qué dices? ¿Cosas pasadas?

Electra.—Del tiempo en que nací. (Con gravedad.) El día en que yo vine al mundo fué un día muy triste, ¿verdad? ¿Alguno de ustedes se acuerda?

Evarista.—¡Pero cuánto disparatas, hija! ¿No te avergüenzas de que el señor *Marqués* te vea tan destornillada?..

Electra.—Crea usted que los tontos más tontos, y los niños más niños, no hacen sus simplezas sin alguna razón.

Marqués.—Muy bien.

Evarista.—¿Y qué razón hay de este juego impropio de tu edad?

Electra.—(Mirando al *Marqués* que sonríe á su lado.) Ahora no puedo decirlo.

Marqués.—Eso es decir que me vaya.

Evarista.—¡Niña!

Marqués.—Si ya me iba. Siento que mis ocupaciones no me dejen tiempo para recrearme en los donaires de esta criatura. Adiós, *Electra*; vuelvo á las cinco para llevármela á usted.

Electra.—¡A mí!

D. Urbano.—Sí, hija: vamos á la inauguración de *Las Esclavas*.

Electra.—¿Yo también?

Evarista.—Ya puedes irte arreglando.

Electra.—(Asustada.) Habrá mucha gente. ¡Ay! la gente me causa miedo. Me gusta la soledad.

Marqués.—¡Si estaremos como en familia!... Vaya, no me detengo más.

Evarista.—Hasta luego, *Marqués*.

Marqués.—(A *Electra.*) A las cinco, niña; y que aprendamos la puntualidad. (Se va por el fondo con *D. Urbano*.)

ESCENA V

EVARISTA, ELECTRA

Evarista.—Explícame ahora por qué estás tan juguetona y tan dislocada.

Electra.—Verá V., tía; yo tengo una duda, ¿cómo diré? un problema...

Evarista.—¡Problemas tú!

Electra.—Eso; en plural: problemas... porque no es uno solo.

Evarista.—¡Ánda con Dios!

Electra.—Y trato de que me los resuelva, con una ó con pocas palabras...

Evarista.—¿Quién?

Electra.—(Suspirando.) Una persona que no está en este mundo.

Evarista.—¡Niña!

Electra.—Mi madre... No se asombre usted... Mi madre puede decirme... y luego aconsejarme... ¿No cree usted que las personas que están en el otro mundo pueden venir al nuestro? (Gesto de incredulidad de *Evarista*.) ¿Usted no lo cree? Yo sí. Lo creo porque lo he visto. Yo he visto á mi madre.



ACTO III.—*Máximo* y *Electra*

Evarista.—¡Virgen del Carmen, cómo está esa pobre cabeza!

Electra.—Cuando yo era una chiquilla de este tamaño...

Evarista.—¿En las Ursulinas de Bayona?

Electra.—Sí... mi madre se me aparecía.

Evarista.—En sueños, naturalmente.

Electra.—No, no; estando yo tan despierta como estoy ahora. (*Deja la muñeca sobre una silla.*)

Evarista.—Electra, mira lo que dices...

Electra.—Cuando estaba yo muy triste, muy solita ó enferma; cuando alguien me lastimaba dándome á entender mi desairada situación en el mundo, venía mi madre á consolarme. Primero la veía borrosa, desvanecida, confundiendo con los objetos lejanos, con los próximos. Avanzaba como una claridad... temblando... así... Luego no temblaba, tía... era una forma quieta, quieta, una imagen triste; era mi madre: no podía yo dudarle. Al principio la veía vestida de gran señora, elegantísima. Llegó un día en que la ví con el traje monjil. Su rostro entre las tocas blancas; su cuerpo, cubierto de las estameñas oscuras, tenían una majestad, una belleza que no puede imaginar quien no la vió...

Evarista.—¡Pobre niña, no delirases!

Electra.—Al llegar cerca de mí, alargaba sus brazos como si quisiera cogerme. Me hablaba con una voz muy dulce, lejana, escondida... no sé cómo explicarlo. Yo le preguntaba cosas, y ella me respondía... (*Mayor incredulidad de Evarista.*) ¿Pero usted no lo cree?

Evarista.—Sigue, hija, sigue.

Electra.—En las Ursulinas tenía yo una muñeca preciosa á quien llamaba también Lulú; y mire usted qué misterio, tía: siempre que andaba por la huerta, al caer la tarde, solita, con mi muñeca en brazos, tan melancólica yo como ella, mirando mucho al cielo, era segura, infalible, la visión de mi madre... primero entre los árboles, como figura que formaban los grupitos de hojas; después... dibujándose con claridad y avanzando hacia mí por entre los troncos oscuros...

Evarista.—¿Y ya mayorcita, cuando vivías en Hendaya... también?..

Electra.—Los primeros años nada más. Jugaba yo entonces con muñecas vivas: los pequeñuelos de mi prima Rosaura, niño y niña, que no se separaban de mí, me adoraban, y yo á ellos. De noche, en la soleada de mi alcoba, los niños dormiditos, aquí ellos... yo aquí. (*Señala el sitio de las dos camas*). Per-entre las dos camas pasaba mi madre, y llegando á mí...

Evarista.—¡Oh! no sigas, por Dios. Me da miedo... Pero esas visiones, hija, se con cluyeron cuando fuiste entrando en edad...

Electra.—Cuando dejé de tener á mi lado muñecas y niños. Por eso quiero yo volverme ahora chiquilla, y me empuño en retroceder á la edad de la inocencia, con la esperanza de que siendo lo que entonces era, vuelva mi madre á mí, y hablemos, y me responda á lo que deseo preguntarle... y me dé consejo...

Evarista.—¿Y qué dudas tienes tú para?..

Electra.—(*Mirando al suelo.*) Dudas... cosas que una no sabe y quiere saber...

Evarista.—¡Qué tontería! ¿Y qué asunto tan grave es ese sobre el cual necesitas consulta, consejo...

Electra.—¡Ah! una cosa... (*Vacila: casi está á punto de decirlo.*)

Evarista.—¿Qué? dímelo.

Electra.—Una cosa... (*Con timidez infantil, manoseando la muñeca y sin atreverse á declarar su secreto.*) Una cosa...

Evarista.—(*Serena y afectuosa.*) Ea, ya es intolerable tanta puerilidad. (*Le quita la muñeca.*) ¡Ay! Electra, niña boba y discreta, eres un prodigio de inteligencia y gracia, cuando no el modo

de la necedad; tu alma se la disputan ángeles y demonios. Hay que intervenir, hija; hay que mediar en esa lucha, dando muchos palos á los demonios, sin reparar en que puedan caer sobre tí y causarte algún dolor... (*La abra.*) Vaya, formalidad. Necesitas ocuparte en algo, distraer tu imaginación... No olvides que á las cinco... Vete arreglando ya...

Electra.—Sí, tía.

Evarista.—Tiempo de sobra tienes: tres cuartos de hora.

Electra.—No faltará.

Evarista.—Y pocas bromas, Electra... ¡Cuidado!... (*Vase por el foro; lleva la muñeca cogida de un brazo, colgando.*)



ACTO IV, ESCENA VIII.—Pantoja, SR. VALERO, Y Máximo, SR. FUENTES

FLORETE

EL TEATRO



Fotografía Compañy

CLOTILDE DOMUS EN «EL AFINADOR»

Fotografado «Nuevo Mundo»

